El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8409 DIARIO DE LA NOCHE TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas: tres meses, 6 id.—*Provincias,* tres meses, 7'50 id.—*Extranjero,* tres meses, 11'25 id.—La suscrición empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. R. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador *D Emilio Garrido López.*

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Lunes 18 de Noviembre 1889

EL INVIERNO

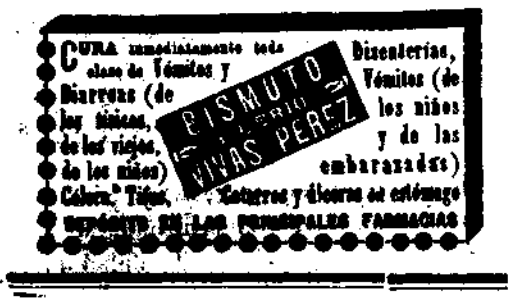
Ya del jardín las aromosas flores
En su talle gentil se marchitaron
Ya triste se alejaron
De la selva los pájaros cantores.

Huyó el verano, Del invierno crudo
Hay que sufrir el frío y los rigores
Con algún estornudo
Preludio de catarro..... y otras cosas
Propias del tiempo y siempre fastidiosas.

Según dice D. Críspulo, mi tio,
Es mu y bueno abrigarse, si hace frío
Cuidando de no hacer un disparate,
Mas sería de lijo, una imprudencia
No tomar en invierno chocolate
De la fábrica *El Barco de Valencia.*

Que se venden en latas iluminadas de 6 paquetes una, desde el precio de 5 reales en adelante, en todos los ultramarinos de la provincia de Murcia por el Gobernador General del ojo ausente.

Recomendamos.—Quinina dulce Baeza.—(Véase anuncio 3.ª plana.)



ESTERAS
30 AIRE 30
GRAN SURTIDO
NO EQUIVOCARSE
AIRE, 30.—TELÉFONO NUM. 127.

LA SEMANA ANTERIOR.

No pueden ustedes formarse idea, ni aproximada siquiera, del compromiso en que se encuentra la persona que se vé obligada ha hacer reseñas semanales, cuando no existen acontecimientos dignos de figurar en ellas.

Cuando se reunen dos señoras que hablan poco (esto que les parecerá á ustedes raro, y á mí también, ocurre, porque no hay regla sin excepción) después de saludarse más ó menos expresivamente, enmudecen, y para poder decir algo, echan mano al tiempo, que es el tema más socorrido para hablar cuando no se tiene nada que decir.

Pues esto precisamente, es lo que hoy me está pasando.

La semana última ha dado tan poco de sí, que apenas si podría llenar un par de cuartillas relatando sucesos.

Ustedes saben de sobra, que no se ha presentado todavía el frío, y que esto dá lugar á que mientras Fulanita sale á tomar un refresco vestida de terciopelo, Menganita se dirije á comprar un manguito con un trajecillo de percal y sombrero de paja.

Estas anomalías son muy propias de la época.

Conozco á un D. José, rechoncho y simpático que duerme aun con sábana solamente, al mismo tiempo que Socorro, mi vecina, se arropa con tres mantas y según ella, así y todo le falta algo.

Doña Tecla no puede beber el agua si antes no zambulle en el vaso un pedacito de hielo; D. Casto hace que se la pongan al fuego para beberla templada.

Los unos aseguran que tienen frío, y los otros afirman que sienten calor.

Vamos, que no sabe uno á que atenerse con estas divergencias de opiniones

. . .

También tienen ustedes noticias del concierto que se verificó noches pasadas en el Casino Cartagenero, y que sirvió para que la eminente violinista Gabriela (no recuerdo su apellido, ni lo creo necesario porque no han de confundirla ustedes con otra) obtuviera una nueva ovación tan merecida como unánime.

Además hubo su poquito de baile, y después se acordó que los domingos y fiestas de guardar se rindiera culto á Terpsícore.

Así es, que anoche volvieron á reunirse en los salones del Casino, las señoritas que frecuentan dicha sociedad, y allí pasaron la velada.

. . .

No pueden ustedes ignorar que en la semana pasada ha tenido lugar por primera vez en esta Audiencia, un juicio oral por Jurados. Y no lo ignoran ustedes porque El Eco se ha ocupado detalladamente del asunto.

. . .

Qué parte de la marina de guerra rusa, se encuentra entre nosotros están todos mis lectores hartos de saberlo. Lo que puede ser que desconozcan aun es la fecha de su marcha, que se verificará el jueves próximo, si el tiempo no lo impide.

. . .

No es preciso consultar el almanaque para averiguar en cual época del año nos encontramos.

Basta salir á la calle y ver en ella manadas de pavos para decir, la Pascua se acerca.

En todo tiempo se venden estos animalitos, mejor dicho son vendidos por los que comen con lo que ellos producen, pero en ninguno se les vé pulular con la frecuencia que en el presente.

La pascua para los pavos, es como para nosotros el cólera morbo asiático.

. . .

Decía yo el lunes último, que los tres teatros de esta ciudad estaban cerrados, y que de seguir así, el porvenir nocturno sería poco halagüeño.

El teatro circo se ha empezado á *quedar en casa*, ó á recibir gente, que para el caso es lo mismo, desde anteanoche.

El público concurrió á las primeras invitaciones y si continúa asistiendo el negocio será bonito para la empresa.

J.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

PETENERA

. . .

Charada

Una *prima dos tres cuatro*
Por cierto guapa mujer,
Cuando salí del estanco
En la puerta me encontré,
Con cierta *primera cuatro*
Que era *una dos* dió á entender
Pues sin pizca de recato
Cantó una *todo* muy bien.

J. Martí y Mata.

La solución en el número próximo.

EN PERPÈTUO ENGAÑO

Exhaló el bueno de D Dionisio el último suspiro en brazos de su amada esposa.

Murió el hombre, bastante contrariado de perder la vida (hay que advertir que D. Dionisio era rico), dándose el fenómeno de que lo sintiese más por tener qué dejar para siempre á su mujer, que no por ir á parar contra su gusto á las regiones de lo desconocido.

Debo hacer constar que esto, aunque parezca «filfa», no lo es; y para que el lector se convenza, bueno es que sepa que D. Dionisio fue un «modelo» de maridos, esposo amante y cariñoso, fiel compañero de la mujer que el destino y su suegra quisieron depararle; jamás dió disgusto alguno á su mitad querida, como no tuvo ésta un capricho que él no se lo satisfaciera al momento.

Observo que he dicho una mentira en esto de los caprichos, y me apresuro á rectificar no todos se los satisfacía D. Dionisio, algunos apeteció que, si no hubiese ella misma encontrado el modo de ver cumplidos sus deseos nunca los habría satisfecho.

Hecha esta pequeña salvedad, continúo: Don Dionisio creía que al morir dejaba sobre la tierra á un dechado de virtudes; á una esposa sin igual y á un futuro ejemplar de viudas; creía—y esto era su tormento—dejar á una mujer enamorada y loca de amor por él, y que, sin duda alguna, sucumbiría al dolor inmenso que en su corazón causaría su muerte.

—¡Pobre Adelaida! ¿qué vas á hacer tú sin mí?—preguntaba á su esposa momentos antes de morir.

¡Necia pregunta que sólo á un moribundo puede perdonarse, y más necia aun en boca de D. Dionisio, que llevaba al morir seis años de matrimonio!

¿Qué había de hacer Adelaida después de muerto su esposo?

Pues procurar vivir muchos años disfrutando del oro que su marido tuvo á bien donarle, y siendo joven como era, buscar quien se extasiara con sus caricias, caricias que en otro aprendió á hacer.

Y digo esto á despecho de todas las pasiones exaltadas que puedan escandalizarse, ó si no á la prueba: la primera que envidie y esté en tales circunstancias, que me lo diga.

No sé si con lo poco que va dicho para convencer al lector de que don Dionisio sentía más perder á su esposa que perder la vida, habré conseguido mi objeto; si es así, me felicito; si no, si es que hay algun casado que no se convenza, le ruego que sea indulgente y que me crea porque digo la verdad.

Don Dionisio, había sido comerciante y á eso se debía que en algun tiempo hubiese cometido algunos pecados, lo que le valió al morir que la justicia divina (la humana nada le hizo en vida), le castigase á perpetuidad con las penas del infierno; sentencia que dispensó instante al interesado.

Ya en la mansión de los malos, y pasados los primeros días (en el infierno no hay días ni noches, pero de alguna manera he de expresar la idea del tiempo), en los cuales el tormento desempeñó un importante papel en la persona de Don Dionisio, pero que á semejanza del gusto, que á fuerza de excitarlo hace perder la sensibilidad, los tormentos que el infierno proporciona, cuanto más quiere refinarlos, más pronto llegan á hacer perder la sensibilidad al paciente, hasta el punto de que éste se encuentra tan bien allí como si estuviera en su casa. Ya en tan buena situación, don Dionisio, empezó á preocuparse por la suerte de Adelaida; tanto se creía amado y la amaba, que las penas del infierno parecíanle agua de borrajas al lado de las que suponía pasaría ella sin él. La creía enferma, desmejorada, pálida, con la palidez de una muerte cercana, en su cara veía las huellas del dolor, y en sus miembros la completa postración de un cuerpo que sufre dolores del corazón. Antojábarele que Adelaida vivía retirada del mundo, de sus placeres, de sus extravagancias y de sus gustos, vistiendo un traje negro y sencillísimo, llevando un tocado humilde, y pasando el tiempo en llorar la pérdida de su Dionisio y en rogar á Dios por su alma...

¡Cuan ajeno estaba el condenado de lo que pasaba en la tierra! Pero sigamos:

El tiempo pasó, y dan Dionisio juzgó que el alma de Adelaida había abandonado el cuerpo en que estuvo encerrada, llegando rápidamente al cielo en premio á su virtud y castidad. Nunca como entonces lamentó los pecados que en vida había cometido, porque de haberse portado como bueno, estaría otra vez al lado de la que fue su compañera leal y cariñosa. Le desesperaba el no poder volver á verla porque no ignoraba que á los que van al infierno de nada les vale el arrepentimiento porque jamás llegan á rehabilitarse.

En esas divagaciones que le atormentaron muchos años, paseaba una mañana con un diablillo de buena pasta que le dispensaba favores y escuchaba sus tristezas, cuando oyeron lastimeros gritos, que, no muy lejos, lanzaba una mujer que era presa de elevadas llamas.

—Esa será una recien llegada—dijo el diablillo á don Dionisio.

—Quisiera equivocarme—contestó éste,—pero parécemе que esa voz es de la que en vida fue mi mujer.

Y abandonando á su protector y amigo, corrió como un loco hacia el punto de donde partían tan terribles lamentos.

Llegó, y fue para caer en el más grande anonadamiento. Era nada menos que la virtuosa Adelaida la que se retorcía en el fuego.

—¡Por vida de Satanás!—dijo el energúmeno, al recobrar los sentidos—ó he perdido la razón ó tu eres mi esposa.

—La misma soy—contestó ésta.

—Yo creía que estabas en el cielo y veo que no has muerto hasta ahora, y...

—No hace mucho.

—¿Y por qué te han condenado? ¿qué pecado has cometido, que te han cerrado las puertas del cielo?

—Un gran pecado, Dionisio, te consagré todo mi amor y me olvidé de Dios: moriste, y mi pensamiento solo se acordó de tí.

—¡Pobre Adelaida mía, que por haberme querido demasiado, te ves en esta horrible mansión! ¡Desdichado sea!

Y lo fue.

Desde entonces, don Dionisio sufre grandemente por estar creído que él, y sólo él, es el causante del castigo impuesto á su mujer: aunque historias fidedignas cuentan que á Adelaida se la condenó por un pecado capital, no me acuerdo cual, cometido durante el matrimonio y repetido en el período de viudedad.

¡Desgraciado don Dionisio, que ni en el infierno se libró de vivir engañado!

ADOLFO MARSILLACH

Octubre, 1889.